

La Guerra del Pacífico y el americanismo republicano en el discurso bélico peruano

The War of the Pacific and Republican Americanism in the Peruvian war discourse

Juan Carlos Arellano González¹

jarellano@uct.cl

Resumen: Este artículo analiza los discursos bélicos peruanos desplegados durante la Guerra del Pacífico (1879-1884), colocando especial énfasis en los conceptos y convenciones implícitas que se observaban en las arengas guerreras que tienen como objetivo legitimar el conflicto armado. Atendiendo la distinción conceptual entre patriotismo y nacionalismo, la hipótesis plantea que la retórica guerrera peruana se destacó inicialmente por su fuerte acento americanista y republicano. En términos metodológicos, este trabajo se adscribe a la historia de los lenguajes políticos, enfoque teórico y metodológico propuesto por la denominada “Escuela de Cambridge”. Las fuentes sobre las que se sostiene esta investigación son fundamentalmente periódicos y pasquines impresos. Se concluye que el discurso bélico se caracterizó por ser ágil y cambiante, siempre sujeto al acontecer de la guerra.

Palabras claves: americanismo republicano, Guerra del Pacífico, discurso bélico.

Abstract: This article analyzes the Peruvian war discourse during the Pacific War (1879-1884). Special emphasis is placed on the implicit concepts and conventions that were observed in the war-hawking harangues which had the objective of legitimizing armed conflict. Attending to the conceptual distinction between patriotism and nationalism, the hypothesis proposes that the Peruvian war rhetoric stands out for initially having a strong Americanist and republican accent. In methodological terms, this study subscribes to the history of political language, a theoretic and methodological focus proposed by the “Cambridge School.” The sources that sustain this research are fundamentally newspapers and printed leaflets. It is concluded that the war discourse was characterized by being agile and changing, always subject to the happenings of the War.

Keywords: Republican Americanism, War of the Pacific, war discourse.

¹ Doctor en Historia y Magister en Ciencia Política. Profesor Asistente del Departamento de Sociología y Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Católica de Temuco. Áreas de estudio: historia de las ideas y los lenguajes políticos, Historia política en América Latina.

En el Perú, a partir de la ocupación de Antofagasta, Caracoles y Mejillones, la construcción retórica fue igual de intensa que en Chile, pero marcada inicialmente por un lenguaje político republicano de carácter americanista. En esta primera etapa, la estrategia discursiva se ancló en la exacerbación del republicanismo americanista fundacional, que convertía a todas las entidades políticas nacientes a principios de siglo en hermanas. En dicho discurso, Chile era el traidor de este código de hermandad. La retórica bélica peruana, a diferencia de lo observado en Chile, aún no incluiría elementos nacionalistas ya que al principio su lenguaje político estaba más dirigido al concierto internacional que nacional.²

El republicanismo americano aportó los conceptos universales necesarios para invocar la solidaridad de las repúblicas vecinas, ante la declarada poco amistosa actitud de Chile. La actuación de las tropas chilenas en territorio boliviano fue calificada de inmediato como una invasión. Sin embargo, en primera instancia los periódicos de la época guardaron ecuanimidad en sus opiniones, a la espera de los resultados de las conversaciones diplomáticas que el gobierno peruano había decidido entablar. El conflicto entre Chile y Bolivia había despertado el interés de la opinión pública peruana que, al igual que la chilena, representaba un crisol de los sectores políticos y regionales de la nación. Gradualmente, el lenguaje americanista esgrimido en los meses de incertidumbre entre Chile y Perú comenzó a incluir los conceptos propios de un nacionalismo que incorporó ideas del darwinismo social y el positivismo, en boga en aquella época.

El discurso nacionalista sólo sería incorporado en la retórica bélica peruana a fines de 1879 hasta el proceso de ocupación en 1881 durante los primeros años de la dictadura de Piérola, planteándose en la arenga elementos de carácter racista (Klaiber, 1978; Arellano, 2012). Sin embargo, la historiadora peruana Carmen McEvoy, quien realizó uno de los primeros estudios que rescata los discursos imperantes durante la Guerra del Pacífico, señala la presencia, en las negociaciones de paz realizadas después de las batallas de Tacna y Arica en el mes de octubre de 1880, de un discurso republicano-americanista en los argumentos de los diplomáticos peruanos. A su juicio, en las negociaciones de paz realizadas en las aguas del Pacífico frente Arica, en la Corbeta Lackawanna, se discutiría el destino de la guerra, subrayando que ésta fue una instancia en la que afloraron los dilemas del republicanismo americano ante el discurso nacionalista chileno, entrando en tensión “la doble identidad hispanoamericana [...] lo nacional y lo supranacional” (McEvoy, 2007, p. 552). Estos discursos reflejan representaciones de sí mismo como del ‘otro’, en este caso del

enemigo, que claramente tienen su origen en la necesidad de establecer imaginarios nacionales que contribuyan a legitimar y diferenciar el Estado-nación, en el caso de Perú los símbolos fueron determinantes a lo largo del siglo XIX, mientras para las representaciones nacionales chilenas su particular geografía fue clave (Casalino y Sagredo, 2006, p. 97-166). Por lo mismo, se hace necesario realizar las distinciones conceptuales que permitan reconocer las vertientes ideológicas sobre las cuales se fundan los discursos guerreros a lo largo de la Guerra del Pacífico, retórica que claramente contribuyó en la construcción y transmisión de valores identitarios en el plano nacional e internacional.

Esta investigación surge desde la distinción entre patriotismo y nacionalismo que trabaja el teórico político Maurizio Viroli, contextualizada en la Guerra del Pacífico (1879-1884). Se afirma que el contexto bélico es el espacio más apropiado para la circulación de discursos que se caracterizan por concentrar todos sus esfuerzos en la construcción de un imaginario nacional y político, a través del lenguaje político. Este modelo de los teóricos del republicanismo se considera apropiado para explicar las diferencias conceptuales que surgen en el lenguaje político al momento de definir la idea de nación o patria. Lo anterior toma en consideración, a su vez, las críticas historiográficas de las últimas décadas hacia las concepciones esencialistas, enfatizando más bien la idea de una nación inacabada o en constante cambio.

Viroli (1997) define el patriotismo como un concepto político vinculado al pensamiento republicano. El patriotismo sería el amor por la república libre y por la libertad política que ésta asegura. Es una pasión artificial, despertada, inducida y reproducida por medios políticos, que exige el amor caritativo de sus ciudadanos, que se evidencia hacia las instituciones políticas que les permiten el goce de la libertad (Viroli, 2001). Desde esta perspectiva, el amor a la patria adquiere un sentido claramente político e institucional, para lo cual Viroli se refiere insistentemente al caso romano y a las ciudades italianas y a Maquiavelo.

Por otro lado, el nacionalismo, según el mismo autor, es un lenguaje político que apela a la cultura, a la etnia o la religión como principios aglutinadores de la nación y que se originan naturalmente. Es un lenguaje político más reciente que emerge en el mundo occidental en el siglo XVIII. En este sentido, para el nacionalista, la pasión o el amor por la nación brotan sin la necesidad de ser reforzada por medios políticos; es una condición natural propia de su etnia o pueblo que preexiste a las instituciones políticas. Los componentes culturales en torno a la nación adquieren un papel central en la retórica nacionalista.

² Es importante destacar que el discurso guerrero chileno tomó en este sentido un camino distinto al desplegar una retórica con un fuerte carácter nacionalista, que de acuerdo a la literatura se ha forjado antes, durante y después de la Guerra del Pacífico (Góngora, 1981; Villalobos, 1994; Sater, 2005; McEvoy, 2007, 2011; Cid, 2009; Arellano, 2012).

En este sentido, es el estudio de la guerra en palabras la que privilegia el análisis de los lenguajes políticos. Su objeto de estudio son los discursos bélicos o guerreros desplegados en los espacios públicos. El análisis de dichos discursos permitió reconocer la circulación de ideas y nociones que se articulaban y re-articulaban en función de un contexto lingüístico muy dinámico y sujeto a los acontecimientos bélicos. A lo largo de la Guerra del Pacífico, fue posible constatar que los discursos se articulaban en torno a definiciones de patria y nación. Nuestro principal objeto de estudio fueron los discursos bélicos impresos en pasquines, periódicos, proclamas, etc., subrayándose su carácter vertiginoso y cambiante. Esto, sin duda, condicionaba la prosa y la oratoria, al ser un discurso más espontáneo o menos reflexivo, muy distinto al de una pieza literaria o teórica, pero igual de interesante al ser un espejo de las nociones y emociones que dominan los espacios públicos. Esta opción metodológica permite valorar los discursos bélicos emitidos en la esfera pública como un hecho político en sí mismo, ya que cada uno de ellos debe dar respuesta a los problemas políticos pero pueden ser explicados dentro de su entramado discursivo (Skinner, 2000, 2007; Vallespín, 2000; Di Pascuale, 2011; Fernández y Fuentes, 2004).

Cada pieza escrita en un periódico o impreso tenía una intención que sólo podía ser dilucidada y explicada dentro de un conjunto de significados lingüísticos que compartían todos los arquitectos integrantes de los espacios públicos. Por esta razón, en esta investigación se puso especial énfasis en los conceptos y convenciones implícitas que se observaban en los cientos de artículos y proclamas revisadas, más que a los sujetos portadores de estos conceptos. En todos ellos fue posible constatar la existencia de un lenguaje común sobre el cual giraban los procesos de articulación y re-articulación, desprendiéndose de esta dialéctica discursiva la definición de los conceptos que constituyen lo que se ha definido por patriotismo y nacionalismo. Esta dinámica sólo podía ser desentrañada por la matriz teórica y metodológica propuesta por la denominada “Escuela de Cambridge” que coloca su énfasis en la historia de los lenguajes políticos, la cual se ha caracterizado por distinguir el lenguaje republicano diferenciándolo del liberal y el nacionalista (Skinner, 1985; Pocock, 2002; Viroli, 1997). Por lo tanto, este estudio analizará la trama lingüística creada por los discursos por sobre su examen textual o contextual (Vallespín, 2000).

La retórica bélica peruana: Chile, “el Caín de América”

Si se da una mirada al Estado y la sociedad peruana en la segunda mitad del siglo XIX, el guano, en la era

de Castilla (1845-1851/1855-1862), se convirtió en la fuente de riqueza que permitió disfrutar de un esplendor económico y construir un orden político más estable, con lo que el Estado pudo arraigarse en el pueblo peruano, desarrollando una centralización efectiva y extendiendo su dominio territorial a lo largo y ancho del Perú. La base de este orden se sostuvo sobre un frágil equilibrio vinculado a la riqueza estatal, capaz de establecer relaciones patrimonialistas con los caudillos regionales gracias a las suculentas rentas del Estado (Contreras y Cueto, 2007). Al respecto, Basadre (1948, 1980) planteó que la clase media había sido protagonista en las salas del Congreso en las primeras décadas de la república, y que sólo a partir de 1860 había comenzado a cambiar el paisaje político y social en las esferas gubernamentales.

Por otro lado, el Estado republicano logró por fin arraigarse con Castilla, permitiendo la prosperidad económica y la incubación de nuevos sectores sociales que gradualmente comenzaron a ocupar la arena política. El Congreso fue el espacio para el influjo de estos actores políticos, algunos enriquecidos con los negocios en su mayoría relacionados con el guano, otros a través de la agricultura costeña revitalizada con la mano de obra china, dueños algunos de bancos y propiedades en sectores urbanos. Es decir, emergió una remozada clase política nacida de las nuevas condiciones económicas y comerciales de Perú. En lo que respecta al orden institucional, desde 1860 se había establecido en ese país una Carta política que perduraría hasta 1919 y que en la década del sesenta estuvo caracterizada por la inestabilidad política con sublevaciones (1865) y congresos salidos de la nada (1867); sin embargo, a partir de 1872 y hasta la guerra con Chile, existió una continuidad en sucesión de congresos (Basadre, 1980).

McEvoy (1994) sostiene que la muerte de Castilla abrió la posibilidad para que se efectuara un proyecto nacional que asentara su poder en la sociedad civil; bajo el alero de Manuel Pardo se gestó el partido “Civil”, consolidando su triunfo en las elecciones de octubre de 1871. En sus palabras, el proyecto civilista o de Pardo se reencantó con la “utopía republicana” (McEvoy, 1997). Durante el gobierno de Manuel Pardo (1872-1876), la “República Práctica” fue un proyecto integral que entre muchos objetivos intentaba asentar nuevas fuentes de legitimidad para el Estado peruano. En respuesta a la crítica historiografía peruana, McEvoy plantea que no todo fue caos, corrupción o desintegración, ya que existió un sueño o, en sus palabras, una utopía que intentó dar forma a la República. La constitución de un partido político definido en torno a un proyecto de índole liberal y una clase política vinculada a los terratenientes, grandes comerciantes y financistas de la costa central, obligó a los

disidentes a agruparse detrás de otra importante figura de la historia decimonónica de Perú: Nicolás de Piérola. El pierolismo se convirtió en una facción política vinculada a la representación de intereses provincianos y católicos. Este sector político poco investigado se relacionó con los pequeños comerciantes y fue marcado por un fuerte tinte nacionalista, recriminando incluso a los capitales extranjeros en el Perú. Estos partidos dominaron la escena política decimonónica, adentrándose incluso hasta principios del siglo diecinueve. Se puede decir entonces que el teatro político previo a la guerra constaba de partidos o facciones perfectamente reconocibles, con un orden institucional que marcaba las reglas del juego y era respetado por todos los actores.

Por su parte, la prensa escrita en el Perú decimonónico cumplió un rol importante en la arena política, al ser un espacio para el despliegue del conflicto político transformándose en una fuente ideal para el rescate de discursos e imágenes que buscan incidir en la política (Velázquez, 2009, p. 11). Marcel Velázquez destaca la importancia de las fuentes escritas para el estudio a lo largo del siglo XIX al utilizar la metáfora que plantea la existencia de una “Republica de Papel”, realizando a su vez un exhaustivo balance de la reciente historiografía que utiliza la prensa, las revistas y libros como fuentes de estudio para iluminar los lenguajes, imágenes, miedos y sueños de la sociedad (2009, p. 11-43). Por otro lado, las fronteras y las limitaciones que se le colaban a la cultura letrada en la formación de una cultura política en Perú han sido puestas en cuestión, luego del reconocimiento y alcance de los proyectos alfabetizadores del Estado, la existencia de una creciente comunidad de lectores y la utilización de estrategias para acercar la “literacidad” a la política y, particularmente, a los votantes analfabetos (Ragas, 2007).

La opinión pública que se manifiesta en estos escritos, se caracterizaba por ser diversa y representativa de todos los partidos y corrientes de pensamiento en pugna, reflejando claramente —según el enfoque habermasiano— ser una reunión de privados que se manifestaba de forma crítica a la autoridad pública (Habermas, 1991). No obstante, si se le compara con Chile, se observa un fuerte carácter centralista ya que la mayoría de los periódicos que circulaban por aquella época se publicaban en Lima. En las vísperas del conflicto, sólo en Lima circulaban siete periódicos importantes y voces oficiales de todos los sectores políticos y estamentales. Cabe destacar que, en 1877, se había estatuido por reglamento la libertad de prensa.

Desde que se inició la ocupación por parte de Chile, la opinión pública manifestó su aprehensión por considerar que este acto hostil no se condecía con el ameri-

canismo republicano dominante en la región. Muy distinto a lo acontecido en Chile que rápidamente abandonó el discurso americanista para embarcarse en una retórica nacionalista (McEvoy, 2011). En términos generales, *El Comercio* y *La Opinión Nacional* adoptaron una actitud cauta a diferencia de *El Nacional*, claramente belicista. *La Tribuna* realizó un llamado a la unidad y la paz, y finalmente *La Patria* y *La Sociedad* también fueron proclives a la guerra (Gargurevich, 1991).³ La editorial de *El Comercio* de Lima, dirigido por José Antonio Miró y Luis Carranza, no tardó en manifestar sus desavenencias con la medida tomada por el gobierno chileno, considerando el hecho como poco mesurado y reconociendo de forma absoluta los derechos soberanos de Bolivia en la región; se declaró fiel intérprete del “sentimiento público que prevalece en el Perú”. Adoptando una posición prudente, se manifestó enemigo de toda violencia, tanto en la ocupación como en la anulación del contrato de Bolivia (Miró, 1979-1980). Asimismo, celebró entonces la inclusión del gobierno peruano como mediador de este conflicto (*El Comercio*, Lima, 13 de febrero 1879, p. 2).

Ante esta tensión política, *El Comercio* escribió en su editorial abogando por la neutralidad de Perú, a diferencia de sus colegas de *El Nacional*, periódico dirigido por Cesáreo Chacaltana (*El Comercio*, Lima, 18 de febrero 1879, p. 2). Pero fue *El Peruano*, periódico gubernamental, el cual derechamente apeló al lenguaje republicano americanista, al señalar que el gobierno debía seguir el camino que le marcaba su “historia patria”. Esto significaba que debía representar todos los esfuerzos realizados por el Perú en su historia a favor de la “confraternidad y la unión estrecha de los pueblos sud-americanos [concluyendo que la tarea debe ser] la de unificar, hasta sea posible, los intereses y la suerte de América” (*El Peruano*, Lima, 1 de marzo de 1879, p. 191). Hasta ese entonces, en el Perú debía dominar la mesura y la neutralidad, debido a que el Gobierno de Mariano Ignacio Prado, apoyado por el Partido Civilista, se había ofrecido voluntariamente a ser mediador en el conflicto chileno-boliviano. El americanismo sonaba pertinente para la búsqueda de la conciliación entre estas tres repúblicas, unidas históricamente. Entonces, el discurso republicano afloró en las palabras de las autoridades y medios de comunicación oficiales, como una retórica de corte conciliatorio.

Sin embargo, en la opinión pública peruana no existía un consenso pleno respecto al tono y las palabras que el Perú debía dirigir a Chile. Arequipa, ciudad peruana fuertemente vinculada social y económicamente con Bolivia, manifestó a través de diferentes formas su más absoluta censura a lo que consideraba derechamente “la

³ Para una recopilación exhaustiva de periódicos y sueltos durante la Guerra del Pacífico en Chile y Perú, véase: Pascual Ahumada (1982).

invasión chilena al territorio Boliviano” (*El Chili*, Arequipa, 10 de marzo 1879, p. 1). La reacción de la prensa y de los personajes importantes de la ciudad no se hizo esperar, condenando los hechos acontecidos en el litoral boliviano. Es importante subrayar que esta condena no se alejó del discurso republicano americanista sostenido por las altas autoridades y las voces oficialistas peruanas; fue prácticamente el mismo, pero la diferencia residió en su carácter radical.

En este contexto, cabe recordar el manifiesto del doctor Casimiro Corral, con fecha de 26 de febrero y firmado en Puno, que declaraba que estaba “rota la Unión Americana [y que] la alianza americana no existe para Chile” y que esperaba sus consecuencias. Con fuerza, hizo un llamado en el que invitó a todos a “defender hasta el sacrificio nuestros sacrosantos derechos conculcados por el invasor” (*El Chili*, Arequipa, 10 de marzo de 1879, p. 2).

En esta lógica, la protesta fue celebrada por los redactores de *El Chili*, que declararon su conformidad al enterarse de la excitación demostrada por los pueblos de Lima y el norte frente a la invasión al litoral boliviano por la armada y el ejército chileno; además, se hizo una clara llamada a manejar esto con la medida correspondiente. Existió entonces una disonancia entre la calma del gobierno peruano, propia por cierto de la diplomacia, y la exaltación de las masas que exigían, al igual que en Chile, una posición más enérgica de parte de sus autoridades. El clima poco a poco comenzaba a caldearse en el Perú, y *El Chili* de Arequipa celebró esta movilización:

*Lejos de rechazar esa conducta del pueblo, vemos en ella con satisfacción un testimonio de que abriga un celo laudable por sus derechos e intereses; y con la conciencia del que sabe hacerlos respetar se levanta no para abrogarse la dirección de un asunto que no es de su competencia, sino para protestar en nombre de los justos principios que invoca, y hacer ver al gobierno que puede contar, en caso necesario, no solo con los brazos que en todo caso son debidos a la patria, sino con el entusiasmo que en cuestiones de esta naturaleza han manifestado siempre nuestros compatriotas (*El Chili*, Arequipa, 10 de marzo 1879, p. 1).*

A medida que transcurrían los días, el tono beligerante de corte republicano comenzó a apoderarse de la opinión pública peruana. La intransigencia chilena dominante en el mes de febrero y marzo acercaba cada vez más la guerra al Perú. Entonces, las conciliadoras palabras de *El Comercio* tomaron un carácter más firme y crítico a la actitud asumida por el gobierno chileno, señalando que se había buscado la paz, sin salir de la “dignidad nacional” y agregando que “si se nos llama a la

guerra por un gobierno que ha creído conveniente buscar el secreto de conservación y la continuación de su política en los conflictos internacionales, que distraen la atención popular, iremos a la guerra”. El carácter beligerante de estas afirmaciones estaba teñido por un lenguaje republicano, al verse “no como enemigos del pueblo chileno” sino a Chile como un “hermano extraviado”, precisando que sí se declaraba enemigo de “un Gobierno injusto, y de un partido político” que había velado por sus conveniencias, arrastrando a las desgracias a su patria y a los intereses del Perú (*El Comercio*, Lima, 21 de marzo 1879, p. 2).

En este sentido, dichos intereses eran perfectamente conciliables con los del pueblo chileno, pues para *El Comercio* eran los intereses particulares los que se apartaban del “terreno de la justicia y de la moral” (*El Comercio*, Lima, 21 de marzo 1879, p. 2). El argumento bélico utilizado fue más bien de índole político, acusando la dirección del gobierno chileno como el principal culpable de la inminente guerra que se avizora en el horizonte. Con esto, se dejó a un lado al “pueblo chileno” con todo lo que aquello significa, pues no era una guerra que respondiera a diferencias de tipo culturales, étnicas o religiosas. Dicho pueblo, como factor causal de la guerra, fue definido como un “otro” al cual había que subyugar o erradicar. Lo esgrimido por este periódico se acercaba bastante al lenguaje republicano planteado en la guerra de la Confederación; según la distinción entre patriotismo y nacionalismo, el primero defiende la institucionalidad política amenazada, haciendo a un lado los elementos culturales.

Las palabras de la prensa escrita comenzaron a polarizarse recién en el mes de marzo, acusando de hostil la acción del gobierno chileno en el litoral boliviano y definiéndola como una invasión; los periódicos intensificaron sus editoriales respecto al tema avizorando que la guerra con Chile era inminente. A la par de la tensión diplomática entre Chile y Perú, los periódicos y oradores peruanos construían un discurso político que legitimaba la guerra, sobre la base de interpretar la ocupación del litoral como una invasión que había roto con la fraternidad americana. La intervención peruana fue justificada como reflejo del compromiso del Perú con los principios republicanos fundacionales, haciendo alusión a la vieja hermandad americana que era parte del antiguo mito fundacional de las repúblicas de América y de su nacimiento como entidades políticas comprometidas con la libertad, la cual fue alcanzada como resultado de una guerra que adquiere ribetes épicos.

La inminente guerra obligó, de la misma forma que se observó en Chile, a todos los actores políticos y estamentales a reorientar sus discursos para hacer frente a las nuevas circunstancias; éste era un evento demasiado trascendental en la vida de los estados nacionales como

para marginarse. Cabe destacar que ante esta situación, tanto en Perú como en Chile, autoridades eclesiásticas optaron por asumir una posición nacionalista, transformándose con su lenguaje, ritos y símbolos en arquitectos de un discurso bélico que nutrió el nacionalismo en ambas naciones. Consciente de que la guerra era inevitable, a fines de marzo la Iglesia Católica peruana rompió su silencio y se alineó con el discurso republicano-americanista en boga en la opinión pública. La voz oficial de la Iglesia, plasmada en el periódico *La Sociedad* y dirigida por Monseñor Manuel Tovar, se manifestó proclive a la guerra. A través de sus editoriales, este periódico enfatizó dicho lenguaje americanista con titulares tales como “Las tendencias de Chile y las conveniencias de Sudamérica” (*La Sociedad*, Lima, 29 de marzo de 1879, p. 1), buscando aislar a Chile del concierto sudamericano; en sintonía con la polarización de la opinión pública, esgrimió que esta nación había seguido “el camino de las depredaciones”, arguyendo que los territorios reivindicados geográfica, histórica y constitucionalmente nunca le habían pertenecido y que su único objetivo era “invadir los pueblos” (*La Sociedad*, Lima, 26 de marzo de 1879, p. 1).

La reivindicación, a juicio de los redactores de *La Sociedad*, demostró que “Chile es una República peligrosa para la paz continental de Sud-América” (*La Sociedad*, Lima, 29 de marzo de 1879, p. 1). Con el reclamo chileno, todos los pueblos se vieron amenazados ya que se había atentado contra el prístino orden republicano. El discurso apeló a un sentimiento americanista de corte republicano, que fue dirigido a conseguir la solidaridad de las repúblicas americanas a través de la condena a la política chilena. Siguiendo con esta editorial, la anexión del litoral boliviano por parte de Chile fue la prueba irrefutable de la ruptura de cierto orden implícito en América y que ponía en peligro al Perú y todas las naciones del continente.

A finales del mes de marzo, para la opinión pública peruana y en vista de que las conversaciones entre las autoridades de ambas naciones se encontraban entrampadas, la participación de Perú en el conflicto bélico se transformó en una realidad. El llamado a estar alerta que se inició en las arengas a partir de mediado de febrero se debió acomodar a las nuevas circunstancias, comunicando a la población que el Perú —en virtud de la defensa de ciertos principios inherentes a su constitución política— debía hacerse parte del conflicto y solidarizar con la república altiplánica. El lenguaje americanista se trasladó de las editoriales a los espacios públicos, creándose verdaderos teatros al aire libre en los que participaron oradores y un público diverso, que en complicidad contribuirán a encender los ánimos forjando un ambiente propicio para enfrentar la guerra.

Lo acontecido en la Plaza de Armas de Ica el 23 de marzo es una muestra de cómo los mítines en Perú

también fueron espacios de sociabilización y diálogo para la construcción discursiva. “Conmovido [e] indignado”, dice la editorial de *El Comercio*, por la “alevosía de Chile [contra su] hermana gemela” Bolivia, se reunió el pueblo de Ica en su plaza principal. Según la editorial, el acontecimiento fue ejemplo de que la “virilidad de los pueblos se exhibe en la espontaneidad con que manifiestan sus sentimientos”; en aquella época, la masculinidad era la forma de manifestar la fortaleza o la vitalidad de los pueblos. El mitin cumplió con el rito correspondiente designándose como presidente a Manuel Paulette, quien pronunció unas elocuentes palabras iniciales que se inscriben claramente en el lenguaje político. En su discurso, sostuvo que Chile había “hollado” los más sagrados principios y que había roto con “la tradición histórica y la solidaridad de los pactos [...] propios de las naciones sudamericanas” a tiempo que Chile se había aislado “escandalosamente la comunión de principios que las identificaban” (*El Comercio*, Lima, 31 de marzo de 1879, p. 2). El discurso bélico de Paulette reconoció una comunidad de principios, culpando a Chile de su traición.

El colombiano Miguel Zuñiga Freire, secretario del mitin y a su vez su orador, precisó esta idea al apelar a la historia común que unía a las repúblicas latinoamericanas, recordando la guerra de independencia, “una epopeya homérica” que las había librado de la esclavitud. Asimismo, la apelación al mito fundacional, el cual se refiere a todo el imaginario épico de las guerras de emancipación que finalizó con la instalación de las repúblicas hispanoamericanas, siguió siendo un recurso clave en la construcción del lenguaje político republicano americano. A juicio de Zuñiga, era la lucha mancomunada la que las vinculaba de forma “fraternal y solidariamente” para que el continente se transformara en el “último y perenne asilo de la libertad del linaje humano”. En esta construcción retórica emergió la ruptura, al ver “desertar de su comunión un hermano que como Caín, afila el arma para sacrificar el indefenso Abel”. Chile se transformó en el “Caín”, al romper con los cánones fundacionales de las repúblicas latinoamericanas (*El Comercio*, 31 de marzo de 1879, p. 2).

Atendiendo a las palabras de Zuñiga, se habían “despedazado los vínculos de raza, los vínculos de comunidad histórica y, con ellos, los pactos que lo identificaban a la patria universal del porvenir.” Y al Perú, caracterizado por el ferviente patriotismo —según Zuñiga— al igual que 1866, le tocaría ser otra vez “el baluarte de la integridad republicana”, que levantaría su espada por la “libertad, hija legítima del Nuevo Mundo, fulmina a los que le hacen traición”. Al final de su discurso, Zuñiga, colombiano de nacimiento y consecuente con el republicanismo americano, desestimó la distinción de las repúblicas por razones de raza o cultura, señalando que los padres de Perú y

Colombia eran los mismos que “lidiaron juntos y mezclaron su sangre en los épicos campos de Junín y Ayacucho” (*El Comercio*, Lima, 31 de marzo de 1879, p. 2).

Luego del encendido discurso del colombiano, subió a la tribuna el artesano Doroteo Salcedo, que en una exposición más breve sostuvo los mismos lineamientos americanistas expuestos por su antecesor. Se declaró como “hijo del pueblo” e invocó la ayuda de todos sus hijos en momentos en que la patria se veía amenazada. La palabra traición fue nuevamente utilizada para definir la acción bélica emprendida por Chile contra Bolivia. Asimismo, Salcedo arguyó que Chile había “adjudado de nuestras gloriosas tradiciones” al actuar por la vía de la “conquista [y el] filibusterismo”; tal hecho era inconcebible para los peruanos, porque significaría “abdicar nuestros principios republicanos” y a su vez autorizar al “invasor chileno” para que se arrogue a través del derecho de la fuerza “un pedazo de nuestra amada patria”. Dicho eso, se hizo un llamado para cortar “las alas a ese cuervo voraz que pretende disputar el espacio al cóndor de la libertad” (*El Comercio*, Lima, 31 de marzo de 1879, p. 2). Las palabras de Salcedo se alinearon en esta retórica americanista que obligaba al Perú a ser parte de conflicto, a partir de la defensa de ciertos principios históricamente forjados e inherentes a todas las repúblicas americanas.

El acto continuó con las palabras incendiarias de un sujeto identificado sólo por su apellido: Braosmonte. Este orador comenzó su relato recordando cómo la historia unía a Perú y Bolivia, que juntas lucharon por la gloria y la libertad, humeando todavía “la sangre de nuestros esforzados padres”. Con esto, buscó establecer un vínculo familiar entre ambas naciones, trayendo incluso a la memoria la épica batalla de Ayacucho. En este punto, Braosmonte hizo hincapié en el objetivo de construir una comunidad americana y se preguntó si la división generada por el nacimiento de las asociaciones políticas en América significaba que la fraternidad se había roto. Su respuesta fue no:

Interrogad a los años 65 y 66 y os responderá que no: que lo pueblos americanos cuando se conculcar sus derechos: saber erquirse como un solo hombre, fuerte y prepotente, para defenderlos; interrogaos a vosotros mismos, vuestros sentimientos patrióticos os dirán que no, puesto que libre y espontáneamente os habéis congregado para protestar de la agresión injusta y alevosa que un miembro de la gran familia a inferido a otro (*El Comercio*, Lima, 31 de marzo de 1879, p. 2).

Para Braosmonte, la hermandad continuaba luego de la creación de las repúblicas independientes en América, ya que las relaciones de origen, sangre y comerciales que

los unían con “el Alto Perú” no eran la causa del “grito de indignación” del pueblo. Entonces, aclaró que el motivo que obligaba a intervenir al pueblo peruano en esta cruzada era el americanismo:

El sentimiento de americanismo, la estimación de la justicia, el amor a la Libertad; principios que jamás consentiréis que se han hollados ni por vuestra nación misma; es el puñal de Caín que hace levantar vuestra solemne protesta; es la agresión de Chile a vuestra predilecta hermana Bolivia; es, en fin, el escándalo lanzado, es el seno de la familia, por una fracción de ella, es el pueblo de Chile dando una lección sin ejemplo (*El Comercio*, Lima, 31 de marzo de 1879, p. 2).

El pueblo americano era considerado un patrimonio de la libertad y amante de la paz, que intercedía en pro de la defensa de los derechos fundacionales “hollados”. La guerra adquirió ribetes épicos, al ser la lucha por los principios que constituía el nacimiento político de las repúblicas americanas. Establecido así el sentido de la guerra, se dejó en claro que el conflicto no era culpa de un pueblo: “No es, pues, el verdadero pueblo chileno, esa fracción de la familia americana la que se ha armado del puñal fratricida contra Bolivia [...] es la tumba de los logrereros mercantiles que, como chacaes para saciar su hambre, se alimentan de cadáveres.” La guerra se justificó por la violación de principios intrínsecos a las repúblicas americanas, de interés político, y no por la lucha contra las características o costumbres de un pueblo. El discurso bélico peruano, en esta parte de las hostilidades, no recurrió a ningún tipo de elemento cultural, étnico o religioso para legitimar el conflicto. Esto ubicó a la guerra no como un problema particular entre naciones, sino como uno que involucraba a las naciones americanas que originariamente compartían ciertos cánones políticos. Braosmonte cerró su oratoria invocándolas a todas: “Haced práctico el inquebrantable principio de que en América no hay dominadores; y que los Americanos saben morir, gritando viva la libertad” (*El Comercio*, Lima, 31 de marzo de 1879, p. 2).

El despliegue del lenguaje bélico peruano: la tragedia de América

La declaración de guerra de parte de Chile al Perú instauró un hito que fijó al americanismo republicano como parte constitutiva del discurso bélico peruano. Al fracasar la diplomacia, se dio espacio abierto al conflicto y la arenga guerrera se ejerció sin límites para exaltar el espíritu bélico en toda la sociedad peruana. El americanismo republicano permaneció como la principal fuente que alimentó al discurso guerrero peruano, cuyos énfasis

y tonos una vez declarada oficialmente la guerra se agudizaron; sin embargo, en esta primera etapa no cambiaron su espíritu de corte republicano y americanista. Definido Chile en las narrativas bélicas escritas y orales como el “Caín” de América, es decir, como el traidor a los principios que conformaban y hermanaban la comunidad republicana americana, el conflicto bélico adquirió un sentido transcendental al buscar el castigo y la restitución del orden fundacional. En esta retórica, el enemigo no era una nación o pueblo, sino un gobierno que aplicaba una política que rompía y amenazaba esta comunidad supranacional.

Declarada ya oficialmente, la guerra exigía aumentar la intensidad de las arengas bélicas. Los pregoneros del conflicto bélico debían informar oportunamente y encender los ánimos en las masas, pues ya no era un problema que afectara una nación vecina, y si bien la estrategia en términos retóricos y publicitarios continuó siendo la misma, sólo aumentó su ímpetu. Las palabras de editoriales y oradores siguieron siendo estructuradas en función del mismo discurso, ya que por lo menos en esta primera etapa de la guerra era lógico que los publicistas peruanos no dieran un giro en sus arengas. Esto fue debido a que hasta estallado el conflicto, no existían nuevos antecedentes que alimentaran a los arquitectos del discurso para redefinirlo y, por ende, al enemigo. La declaración de guerra simplemente terminó por consagrar una narrativa bélica, que se había exacerbado desde que Chile decidió ocupar con su fuerza militar y naval el litoral boliviano.

El 4 de abril de 1879 se anunció que guerra era un hecho, lo que no sorprendió a la opinión pública ya que los peruanos habían hecho suyo el conflicto entre Chile y Bolivia. La interpretación republicana de los hechos obligó a Perú a tomar una posición: si bien neutral en lo oficial, la opinión pública fue mucho más sensible y solidaria con la vecina nación altiplánica. *El Peruano*, órgano oficial del gobierno, mantuvo la tesis americanista afirmando que la inclusión de Perú en este conflicto era “nuestro deber”, haciendo un llamado a todos sus ciudadanos a agruparse detrás de sus autoridades, para servir a la patria con fuerza y practicar “todas las virtudes que el patriotismo encierra” e inscribir “nuevas y gloriosas páginas en la historia nacional” (*El Peruano*, Lima, 4 de abril 1879, p. 299).

Además, se argumentó que el Perú se veía amenazado por Chile al no respetar éste los intereses americanos, por la proclamación de una “doctrina absurda” y el rompimiento de los tratados que regían a todos los pueblos del continente. Dicho lo anterior, el pueblo peruano se ubicó como un adalid de América que se sacrificaba por una nación hermana violentada por un pueblo entregado a la conquista. La misión entonces fue codificada en clave americanista-republicana, al apelar a la defensa de principios como la justicia y la razón; por tanto, el Perú

debía “desempeñar un papel digno de la civilización”. Continuando con esta editorial, los principios que se encontraban en pugna ameritaban el sacrificio de “la tranquilidad, los bienes materiales y hasta la existencia”. Con esto, se conseguiría la aprobación de todas las naciones de América:

La reacción será sumamente benéfica y favorable; no hallara a la altura de un pueblo que no busca y no quiere sino que se acaten los principios eternos de justicia que no dominen la América la audacia del primer aventurero que se lance a conquistar ajenos territorios; que los tratados, ni los tratados, ni los vínculos de estos países, ni la civilización, no sean una engañosa mentira (El Peruano, Lima, 4 de abril de 1879, p. 299).

La guerra se legitimó entonces sobre la base de principios que regían a los pueblos americanos y que fueron invocados desde la ocupación chilena, dado que hasta ese momento no se había adicionado ningún otro argumento para justificar la incursión de Perú al conflicto. El periódico *La Sociedad*, publicado el mismo día, señaló que a “ningún peruano le sorprende la noticia de la esperada declaración [y agrega que la] aguardábamos, y nos preparábamos para contestar”, demostrando que el discurso bélico que se pregonó desde febrero en el Perú había sensibilizado a la sociedad peruana colocándolo en una posición proclive a enfrentar la guerra. La reivindicación chilena por el litoral boliviano significaba “una carta, dirigida a Bolivia pero cuyo contenido se enderezaba al Perú”. Según este publicista, el conflicto no habría sido provocado por el gobierno peruano, que había hecho todo lo posible por evitar el derramamiento de sangre; sin embargo, declaró: “No se nos ha querido oír, porque la codicia del bien ajeno y el orgullo fundado en la torpeza”. En la búsqueda por legitimar el conflicto a través de un lenguaje político común a las otras repúblicas americanas, señaló que se tenía a “nuestro favor las simpatías de América, que anhela el castigo de los piratas, porque desea el triunfo de la justicia y que sean reducidos a la impotencia de hacer el mal los enemigos de la paz” (*La Sociedad*, Lima, 4 de abril de 1879, p. 1).

El rol del Perú en la retórica bélica

Declarada la guerra, era necesario definir el papel que le correspondía cumplir en este conflicto al Perú; esto no fue difícil, dado que el debate ya se había abierto desde que se originaron las tensiones entre Chile y Bolivia. El ofrecimiento como mediador por parte de las autoridades se había legitimado en función de este lenguaje panamericano en pro de la paz; paralelamente, la opinión pública

peruana lo había utilizado para establecer un juicio condenatorio a la política internacional del gobierno chileno. En este contexto, no debe causar sorpresa la intencionalidad de los argumentos esgrimidos por *El Comercio* de Lima al sostener que Chile “ha despertado la inquietud y el alarma entre los pueblos de este continente” y que la declaración de guerra al Perú por parte de esta nación se justifica por el hecho que veía “temeroso [en] nuestra bandera, la amenaza permanente y terrible levantada por el derecho y la justicia contra la monstruosa política de conquista que acaba de proclamar”. Así, el Perú se convertía en el paladín de América y en el reservorio de los principios fundacionales, lo que hacía que la guerra adquiriera un sentido trascendente. Al respecto, las palabras de la editorial de *El Comercio* son elocuentes:

Jamás, desde las guerras de independencia, ha recibido ningún pueblo de América una misión más elevada ni más grande que la de ahora nos toca representar, en la lucha a que nos provoca la loca ambición de un Estado que hasta ayer se jactaba de ser en este continente, el modelo envidiado por los países que anhelaban alcanzar un alto grado de prosperidad por el trabajo y el profundo respeto a las leyes, ya en el orden interior, ya en sus relaciones internacionales (El Comercio, Lima, 4 de abril de 1879, p. 1).

En esta misma editorial se sostiene que la reivindicación chilena constituyó “un peligro más serio y más permanente para los pueblos de América”, convirtiéndose en un símbolo, en “el estandarte de la fuerza y de la violencia levantado en medio de los Estados de este continente sobre el imperio del derecho”. La violencia y la arbitrariedad de la ocupación aniquilaban “el orden fundado en los principios de la razón y la justicia”. La estrategia argumental de este periódico fue ubicar a Chile fuera de los principios sobre los cuales se mantenía el orden americano, cánones de índole universal y reconocidos como propios de América. Por su parte, Perú los hizo suyos y se declaró su defensor. Este escenario inspiró a los redactores de *La Sociedad* a escribir una editorial que se tituló “El amor a la patria”, donde lo describen como un sentimiento sublime dado a los “pechos nobles [y a los] pueblos de gloriosas tradiciones”, considerándolo como una característica del pueblo peruano, al ser “los herederos del testamento de próceres, como los que lucharon hasta morir por la redención de su pueblo, en Junin, Ayacucho y Callao” (*La Sociedad*, Lima, 4 de abril de 1879, p. 1).

Esta avalancha retórica cargada de palabras que buscaban darle un sentido trascendente a la guerra, e invitar a los hombres a saltar el campo de batalla dispuestos incluso a dar su vida, significó una tarea que obligó a

trabajar en todos los espacios públicos. En esta construcción subjetiva de la realidad, el salitre y la reivindicación territorial parecían argumentos secundarios frente a las encendidas arengas patrióticas que apelaban a la defensa de principios y el castigo a la traición y la ambición. Con este lenguaje, la guerra adquiriría ribetes épicos y un sentido trascendental para civiles y militares que desde los diferentes espacios participaron de este evento bélico.

Debido a los difíciles momentos que se le venían por delante al pueblo peruano, no se tardó en organizar un mitin con el fin de manifestar el apoyo al gobierno y promover la cohesión política y social del Perú. Conscientes de lo importante de este tipo de eventos, el Consejo Provincial de Lima se convocó a las afueras del edificio Municipal, en la plaza contigua, la cual fue invadida por una “gran muchedumbre”, acorde el relator de la jornada. Según narra la prensa de la época, en esta actividad participaron los miembros de los concejos municipales, de las Sociedades de Beneficencia, de los fundadores de la Independencia, de artesanos, compañías de bomberos, de alumnos universitarios y del Club Literario; en resumen, todas las corporaciones de Lima. El acto se inauguró con un discurso del Alcalde Provincial, seguido de otros oradores.

En este espacio, los oradores tenían la difícil tarea de cautivar con sus palabras a un público espontáneo e improvisado que, a través de los aplausos y silbidos, se transformaba en juez de las palabras de los actores que subían a la tribuna. Esta vez, subieron al proscenio cinco personas, lo que obligaba a ser más locuaz dado que se requería mantener una especial conexión con el público. No es casualidad que, para legitimar la contienda, todos los oradores mencionaran el americanismo republicano como columna vertebral de sus argumentos. El primero en dirigirse a la multitud fue Guillermo Scoane, que en armonía a las editoriales de los periódicos peruanos señaló que el “Perú noble y culto” no podía permanecer indiferente a los ultrajes infringidos por Chile, “ya que la razón no ha podido vencer al mercantilismo egoísta de ese país antiamericano”; haciendo un llamado de unidad, planteó que los discípulos del “glorioso Pardo” y los partidarios de todos los caudillos se debían unir y así “cosechar los laureles que siempre alcanzan al campeón del derecho y la Libertad en América” (*El Comercio*, Lima, 6 de abril de 1879, p. 1).

Este americanismo republicano fue construido sobre la base del respeto al derecho, considerado como la verdadera fuente de la libertad, la cual habría sido forjada históricamente por los pueblos de América. En esta mirada, el Perú declaró ser el defensor de los principios fundacionales de las repúblicas americanas. Perú sólo podría legitimar su inclusión en la guerra desestimando la tesis que argüía que esto era un problema bilateral en dos naciones vecinas y esgrimiendo que concernía a todas

las naciones, dado que se habían roto ciertos principios y el espíritu fraternal que había dominado a los pueblos americanos desde su nacimiento político.

Si bien el discurso peruano inicialmente se creó para emitir un juicio normativo respecto a los hechos entre Chile y Bolivia, velozmente adquirió un sentido estratégico ya que permitió legitimar la incorporación de Perú al conflicto. Así, la estrategia discursiva peruana se dirigió a presentar el problema como un tema que involucraba a toda América, al ser violados los principios que las constituyeron como repúblicas independientes. La hermandad fue establecida sobre la base de principios políticos ajenos al indigenismo, a la raza o la cultura, conceptos e imágenes propias de un discurso nacionalista. Asimismo, la idea de un mito fundacional fue reflatada por los publicistas y oradores peruanos para insertar a Chile dentro de una historia común y desde ahí poder elevar un discurso construido sobre la base de una lógica condenatoria y no regeneradora.

El discurso bélico, en este sentido, se caracterizó por ser ágil y cambiante, siempre atento al acontecer. Oradores y publicistas estuvieron permanentemente revitalizando y nutriendo con nuevos elementos sus discursos, forjando una narrativa que fijó las pautas sobre las cuales se interpretó la guerra. En este sentido, la distinción entre un discurso patriótico y otro nacionalista permitió ordenar el sentido de la retórica bélica peruana desplegada en la guerra. A través de dicha diferencia se reconoció la existencia de un discurso bélico que tiene un sentido más político e institucional, como lo fue el republicano-americanista que apeló más bien a un imaginario anclado en la fraternidad política, construido a partir de una noción épica del origen de las repúblicas hispanoamericanas.

Claramente, una de las tareas para más adelante será el desarrollo de un estudio comparado que permita cotejar los discursos guerreros de peruanos y chilenos, sin querer con esto desconocer o desestimar las especificidades de los casos, mirada comparada ya emprendida por algunas precursoras investigaciones (Klaiber, 1978; Villalobos, 2002; Cavieres y Aljovín de Losada, 2006a, 2006b; Arellano, 2012). Asimismo, la labor que queda en este sentido es seguir investigando cómo se produce el cambio de un lenguaje político patriótico a uno nacionalista en el período de entre guerras; además es relevante estudiar las secuelas de estas arengas en la idea de nación y cómo la creación del imaginario del enemigo ha afectado la relación entre ambas naciones hasta el día de hoy.

Referencias

AHUMADA, P. (ed.). 1982. *Guerra del Pacífico: documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha*

dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia. Santiago, Andrés Bello, 4 vols.

- ARELLANO, J.C. 2012. Discursos racistas en Chile y Perú durante la guerra del Pacífico (1879-1884). *Estudios Ibero-Americanos*, 38(2):239-64.
- BASADRE, J. 1980. *Elecciones y centralismo en el Perú: apuntes para un esquema histórico*. Lima, Centro de Investigaciones de la Universidad del Pacífico, 172 p.
- BASADRE, J. 1948. *Chile, Perú y Bolivia independientes*. Barcelona, Salvat, 880 p.
- CASALINO, C.; SAGREDO, R. 2006. Representaciones y nociones de Perú y Chile en el siglo XIX. In: E. CAVIERES; C.A. de LOSADA (ed.), *Chile-Perú, Perú-Chile, 1820-1920: desarrollos políticos, económicos y culturales*. Lima, P.Univ. Católica de Valparaíso, Convenio Andrés Bello, Fondo Editorial UNMSM, p. 97-166.
- CAVIERES, E.; ALJOVÍN DE LOSADA C. (ed. y coord.). 2006a. *Chile-Perú: La historia y la escuela: conflictos nacionales, percepciones sociales*. Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, PUCV, 140 p.
- CAVIERES, E.; ALJOVÍN DE LOSADA, C. (ed. y coord.). 2006b. *Chile-Perú, Perú-Chile, 1820-1920: desarrollos políticos, económicos y culturales*. Lima, P. Univ. Católica de Valparaíso, Convenio Andrés Bello, Fondo Editorial UNMSM, 335 p.
- CONTRETRAS, C.; CUETO M. 2007. *Historia del Perú contemporáneo. Desde las luchas por la Independencia hasta el presente*, 4ª ed., Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 424 p.
- CID, G. 2009. Un ícono funcional: la invención del roto como símbolo. In: G. CID; A. SAN FRANCISCO (ed.), *Nación y nacionalismo en Chile: Siglo XIX*. Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, p. 221-54.
- DI PASCUALE, M. 2011. Desde la historia de las ideas a la nueva historia intelectual: retrospectivas y perspectivas: un mapeo de la cuestión. *Revista Universum*, 26(1):79-92.
<http://dx.doi.org/10.4067/S0718-23762011000100005>
- FERNANDEZ, S.J.; FUENTES, J.F. 2004. A manera de introducción: Historia, lenguaje y política. *Ayer*, 53:11-26.
- GARGUREVICH, J. 1991. *Historia de la prensa peruana (1594-1990)*. Lima, La Voz Ediciones, 286 p.
- GÓNGORA, M. 1981. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago, Ediciones La Ciudad, 149 p.
- HABERMAS, J. 1991. *Historia y crítica de la opinión pública*. México, Mass Media, 352 p.
- KLAIBER, J. 1978. Los "cholos" y los "rotos": actitudes raciales durante la guerra del Pacífico. *Histórica*, 2(1):27-37.
- McEVOY, C. 1994. *Un proyecto nacional en el siglo XIX: Manuel Pardo y su visión del Perú*. Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 354 p.
- McEVOY, C. 1997. *La utopía republicana: ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*. Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 467 p.
- McEVOY, C. 2011. *Guerreros civilizadores: política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico*. Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 431 p.
- McEVOY, C. 2007. ¿República nacional o república continental? El discurso republicano durante la Guerra del Pacífico, 1879-1884. In: C. McEVOY; A.M. STUVEN (ed.), *La república peregrina: hombres de armas y letras en América del sur, 1800-1884*. Perú, Instituto de Estudios Peruanos, Instituto Francés de Estudios Andinos, p. 531-62.

- MIRÓ, Q.A. 1979-1980. El Comercio en la Guerra del Pacífico. *Revista del Instituto de Estudios Históricos-Marítimos del Perú*, **32**:5-29.
- POCOCK, J.G. 2002. *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Madrid, Tecnos, 668 p.
- RAGAS, J. 2007. Leer, escribir y votar: literacidad y cultura política en el Perú (1810-1900). *Histórica*, **XXXI**:107-134.
- SATER, W. 2005. *La imagen heroica en Chile: Arturo Prats, santo secular*. Santiago, Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, 231 p.
- SKINNER, Q. 1985. *Los fundamentos del pensamiento político moderno*. México, Fondo de Cultura Económica, vol. 1, 334 p.
- SKINNER, Q. 2000. Significado y comprensión en la historia de las ideas. *Prismas: Revista de Historia Intelectual*, **4**:149-91.
- SKINNER, Q. 2007. *Lenguaje, política e historia*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 340 p.
- VALLESPIN, F. 2000. Aspectos metodológicos en la Historia de la Teoría Política. In: F. VALLESPIN, *Historia de la teoría política*. Madrid, Editorial Alianza, vol. 1, p. 19-52.
- VELAZQUEZ, M. 2009. *La república de papel: política e imaginación social en la prensa peruana del siglo XIX*. Lima, Fondo Editorial de la Universidad de Ciencias y Humanidades, 344 p.
- VILLALOBOS, S. 1994. *Chile y su historia*. Santiago, Editorial Universitaria, 391 p.
- VILLALOBOS, S. 2002. *Chile y Perú, la historia que nos une y que nos separa: 1535- 1883*. Santiago, Editorial Universitaria, 278 p.
- VIROLI, M. 1997. *Por amor a la patria: un ensayo sobre el patriotismo y el nacionalismo*, Madrid, Acento Editorial, 239 p.
- VIROLI, M. 2001. El sentido olvidado del patriotismo republicano. *Isegoría*, **24**:5-14. <http://dx.doi.org/10.3989/isegoria.2001.i24.599>

Fuentes primarias

- EL CHILI. 1879. Arequipa, mar. 10, p. 3.
- EL COMERCIO. 1879. Lima, feb. 13, p. 2.
- EL COMERCIO. 1879. Lima, feb. 18, p. 2.
- EL COMERCIO. 1879. Lima, mar. 21, p. 2.
- EL COMERCIO. 1879. Lima, mar. 31, p. 2.
- EL COMERCIO. 1879. Lima, abr. 4, p. 2.
- EL COMERCIO. 1879. Lima, abr. 6, p. 2.
- EL PERUANO. 1879. Lima, mar. 1, p. 191.
- EL PERUANO. 1879. Lima, abr. 4, p. 191.
- LA SOCIEDAD. 1879. Lima, mar. 26, p. 1.
- LA SOCIEDAD. 1879. Lima, abr. 4, p. 1.
- LA SOCIEDAD. 1879. Lima, mar. 29, p. 1.
- LA SOCIEDAD. 1879. Lima, abr. 4, p. 1.

Submetido: 10/12/2013

Aceito: 30/07/2014